

Carta de Alemania. Los veranos alemanes

Ricardo Bada

En la Alemania guillermina, la Alemania del *Kaiser*, los campamentos de instrucción de las tropas coloniales que iban a ser enviadas al África se instalaban cerca de Bonn y en verano, para que se fueran aclimatando. Así se lo contó a mi amigo Jesús Mondría su profesor de alemán, Herr Kunze, el año 1961, y no vemos motivo alguno –antes al contrario– para no creerlo a pie juntillas. Sólo que ello nos plantea la pregunta acerca de cómo son los veranos alemanes, una pregunta que a su vez me remite a otra: ¿cómo olvidar la primera frase de las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury? ¿cómo olvidar semejante epifanía?: «Un minuto antes era invierno en Ohio». Algo así como la doble corchea y el acorde con los que comienza la famosa *Toccata y Fuga* en re menor de Bach, valga por comparación.

Pues bien: durante muchos años, cada vez que los amigos me llamaban desde España, México, Costa Rica, Colombia, y me preguntaban que qué tal verano estaba haciendo en esta Alemania de mis culpas y pecados, donde vivo, no siempre resistí la tentación de parafrasear a Bradbury: «Un minuto antes era invierno acá: y un minuto después también». Los sesenta segundos en medio habían sido el verano alemán. Y así, no andaba yo muy lejos de aquella sarcástica observación de Heine, según la cual el verano en Hamburgo es un invierno vestido de verde.

Pero ocurre que entretanto la capacidad mutante del ser humano está siendo puesta a prueba de nuevo, esta vez por el llamado «efecto invernadero». Y cuando pienso en él siempre recuerdo algo que dice Ortega y Gasset en su prólogo a *Veinte años de caza mayor*, la Biblia cinegética del conde de Yebes. Cita allí Ortega, oportunamente: «El sagacísimo padre Teilhard ha podido dar, como uno de los atributos meramente zoológicos que diferencian al hombre de los demás animales, su casi ubicuidad planetaria. Hay hombres en el trópico y en los círculos polares, a 4.000 metros de altitud (Bolivia) y bajo el nivel del mar (Holanda)». En suma, que sus genes lo capacitan para sobrevivir de cualquier modo en este mundo cada vez menos ancho y más CNN.

Me vienen a la memoria mis primeras ferias del libro de Francfort del Meno, una farsa a la que acudí desde 1970 hasta el 2002, pero como Bertolt Brecht a la cola ante la fábrica de mentiras (Hollywood): sin la más mínima ilusión, a no ser la de reencontrarme con los amigos que, si no fuese por esta feria, raras veces vería. Y en esa rememoración se me hace claro que durante casi veinte años, todos acudíamos a la *Book Fair* pertrechados con abrigos, bufandas, guantes, paraguas y el resto de la parafernalia inventada por el género humano para defenderse del frío, las nevadas y la lluvia. Parecíamos momias ambulantes.

Pero un buen día de octubre, allá a finales de los ochentas, mientras empezaba a hacer el equipaje para Francfort, de repente me di cuenta de que no necesitaba ni el abrigo ni la bufanda ni los guantes, ni qué decir el paraguas. Durante las últimas ediciones de la feria hubiésemos podido viajar a la ciudad natal de Goethe llevando sólo guayaberas por única indumentaria.

Adiós, pues, a ese invierno alemán que todavía en 1980 me había deparado el espectáculo inolvidable de un Mar del Norte pasmado, con las olas detenidas en su elíptica ascensión, casi como si quisieran testimoniar a posteriori en favor del Curzio Malaparte de una imperecedera página de *Kaputt*. Aquella donde describe un tropel de caballos aprehendido en el lago Ladoga por la congelación de sus aguas:

«El hecho sucedió en octubre del año anterior. Las tropas finlandesas, al rebasar la selva de Vuoksi, se asomaron al umbral del salvaje e ilimitado bosque de Raikkola. El bosque estaba lleno de tropas rusas. Casi toda la artillería soviética del sector septentrional del istmo de Carelia, huyendo de la redada de los soldados finlandeses, se había dirigido hacia el Ladoga, con la esperanza de poder embarcar las piezas y los caballos poniéndolos a salvo al otro lado del lago (...) El tercer día un enorme incendio iluminó el bosque de Raikkola. (...) Enloquecidos de terror, los caballos de la artillería soviética, en número de casi un millar, se arrojaron a la hoguera, rompiendo el asedio de las llamas y las ametralladoras. Muchos perecieron en el fuego, pero la inmensa mayoría alcanzó la orilla del agua y se echó al agua. El lago es poco profundo en aquel punto, apenas tiene dos metros, pero a un centenar de pasos de la orilla, el fondo se precipita en cortado. Reducidos a aquel breve espacio —la orilla en esa parte del Ladoga forma una pequeña ensenada—, entre el agua profunda y la muralla de fuego, los caballos se agruparon temblando de frío y miedo, con la cabeza erguida fuera del agua. Los más cercanos a la orilla, asaltados por las lenguas

de las llamas, se encabritaban y se montaban sobre sus compañeros, intentando alejarse a patadas y mordiscos. En el furor de la refriega fueron sorprendidos por el hielo. (...) De golpe, con su característico y vibrante sonido de cristal golpeado, se heló el agua. El mar, los lagos, los ríos, se hielan de repente, debido a la rotura, que sucede de un instante a otro, del equilibrio térmico. Al día siguiente, cuando las primeras patrullas (...) llegaron a la orilla del lago, un horrendo y maravilloso espectáculo apareció ante sus ojos. El lago era como una inmensa lápida de mármol blanco, sobre la que parecían como colocadas centenares y centenares de cabezas de caballos. Daban la impresión de estar cortadas por el filo de una guillotina, pues eran tan sólo las cabezas las que emergían de la costra helada. Todas miraban hacia la orilla. En los ojos, abiertos, brillaba aún la blanca llama del terror. Junto a la orilla, un revoltijo de caballos ferozmente encabritados salía fuera de la cárcel de hielo».

Adiós, pues, a ese invierno alemán malapartino, pero también a los veranos que duraban nada más que sesenta segundos y parecían inviernos vestidos de verde. Los veranos alemanes se han vuelto tropicales: los de 1994 y 2003, además, tórridos. Su último coletazo lo padecemos con un prematuro veranillo de San Martín, que más que veranillo fue veranazo. Y menos mal que los naturales del país siempre fueron heliófilos, adoradores del Sol con una devoción perruna... por más que los perros andaluces que asimismo me vienen a la memoria, cuando arreciaba el Padre Febo preferían acurrucarse al amparo de la refrescante sombra.

Sea como fuere, hay una estadística que me ha dejado un tanto patidifuso, pensando yo como pensaba, y como suele pensar el común de los mortales, que los alemanes son los campeones mundiales del turismo. Y hasta puede que lo sean, en términos relativos, es decir: ellos son los que más tiempo y dinero invierten en viajar al extranjero. Pero el país que más visitan durante los veranos, aquél que es el suyo predilecto por sobre todos los demás, es uno fragmentado en millones de parcelas de pocos metros cuadrados, generalmente orientadas hacia el sol poniente y protegidas por barandas metálicas u obra de mampostería: en otras palabras, los balcones de sus casas. Un vastísimo imperio al que se refieren irónicamente con el nombre de Balkonia.

Ése sí que es su verdadero espacio vital, su *Lebensraum*. Y no deja de tener su lógica, porque el anagrama de *Lebensraum* no es otra cosa que el adjetivo «mensurable». Como lo es un balcón. Sólo que Hitler no lo sabía.



Visiones de playa

Castillos en la arena

Bella niña que ríes, construyendo en la arena
Tus castillos, con arte de intuición y sabor,
En cuyas obras pones toda la gracia plena
De tu ensueño y tu práctico instinto de mujer.

¡Vendrá mañana la ola que el mar desencadena,
Y tus palacios blancos derribará al volver!...
Y quedará de nuevo la playa tan serena...
¡Pero tu alma otros nuevos castillos podrá hacer!

Bella niña que juegas; tan frágiles y breves
Cual los castillos que alzan tus blancas manos leves.
Son los que los poetas alzamos al azar...

¡Sólo que tú construyes con risas y con cantos
Y nosotros con llantos, los palacios de encantos
Que deshace la vida cual los tuyos, el mar!

Noches de Pocitos

¡Oh, la noche sonámbula, en la playa de fiesta,
Y aquel lujo de ensueño, y aquel vago esplendor!
Las mujeres, las olas, el bullicio, la orquesta
Y un prodigioso claro de luna en derredor.

El alma del silencio entre nosotros puesta,
En el tumulto; ¡solos con nuestro idilio en flor,
Y con la Luna amiga que allá arriba, su cesta
De flores de Misterio volcaba en nuestro amor!

¡Oh, amada! Ya volvieron las noches de la playa...
Como entonces, la Luna sobre el mar se desmaya...
¡Pero hay algo de aquello de antes, que no volvió!

No me suenan como antes tus frases amorosas...
¿Qué será que ha cambiado: nosotros ó las cosas?
¿Quién es que ha envejecido: tú amor... la Luna... ó yo?

ANGEL FALCO.

Dib. de Dybowski.